





ANTONIO GIL nació en la viña El Rincón, a orillas de Santiago, en 1954. Estudió en el Instituto de Humanidades Luis Campino y en la Universidad de Chile. Ha publicado los libros de poesía *Los lugares habidos* (1982), *Cancha rayada* (1985) y *Mocha Dick* (2006). Escribe semanalmente en algunos medios de prensa chilenos.

Su obra novelística comenzó con *Hijo de mí* (1994), *Cosa mentale* (1996) y *Mezquina memoria* (1999), reunidos en el volumen *Tres pasos en la oscuridad* (2009), de la Reserva de narrativa chilena de Sangría Editora, y luego siguió con *Circo de pulgas* (2003), *Las playas del otro mundo* (2004) y *Cielo de serpientes* (2008).



CARNE Y JACINTOS

NARRATIVAS CONTEMPORÁNEAS, 5

ANTONIO GIL

CARNE Y JACINTOS



SANGRÍA

© Antonio Gil Íñiguez
N° 198.373
del Registro de Propiedad Intelectual de Chile
International Standard Book Number: 978-956-8681-14-2

© Derechos reservados para esta edición:
2010, SANGRÍA EDITORA
Las Torcazas 103, departamento 604, Las Condes, Santiago de Chile
www.sangriaeditora.com
sangriaeditora@gmail.com

Aunque adopta la mayoría de los usos editoriales del ámbito hispanoamericano, SANGRÍA EDITORA no necesariamente se rige por las convenciones de las instituciones normativas, pues considera que –con su debida coherencia y fundamentos– la edición es una labor de creación cuyos criterios deben intentar comprender la vida y pluralidad de la lengua.

Edición al cuidado de Mónica Ríos, Carlos Labbé, Pilar García y Martín Centeno
Diagramó el libro Carlos Labbé
El diseño de colección y de la portada fue realizado por Joaquín Cociña

Esta edición digital se terminó de imprimir en diciembre de 2010
en Imprenta Dimacofi S. A.
Impreso en Chile

Permitimos la reproducción parcial de este libro sin fines de lucro, para uso privado o colectivo, en cualquier medio impreso o electrónico. Si necesitas una reproducción íntegra por favor comunícate con los editores.

ÍNDICE

1934.....	13
1905.....	29
Carne de mi carne.....	57
La sublevación de los vivos contra la conjura de los muertos.....	65
Tu peor enemigo.....	93
Tiempo de pulgas.....	113
Un folleto vengador.....	121
El sendero de arena.....	125
Hormigas y diamantes.....	133
El afilado del cincel.....	139
La biblioteca maldita.....	147
Mi repentino encuentro con los expedientes jacintos.....	159
La estirpe maldita.....	169
1934.....	221



Hay un cuadro de Klee que se titula «Angelus Novus». Se ve en él un ángel, al parecer en el momento de alejarse de algo sobre lo cual clava la mirada. Tiene los ojos desorbitados, la boca abierta y las alas tendidas. El Ángel de la Historia debe tener ese aspecto. Su rostro está vuelto hacia el pasado. En lo que para nosotros aparece como una cadena de acontecimientos, él ve una catástrofe única, que arroja a sus pies ruina sobre ruina, amontonándolas sin cesar. El ángel quisiera detenerse, despertar a los muertos y recomponer lo destruido. Pero un huracán sopla desde el paraíso y se arremolina en sus alas, y es tan fuerte que el ángel ya no puede plegarlas. Este huracán lo arrastra irresistiblemente hacia el futuro, al cual vuelve las espaldas, mientras el cúmulo de ruinas crece ante él hasta el cielo. Este huracán es lo que nosotros llamamos progreso.

Walter Benjamin



1934

Las casas de fachada continua de la calle Cuevas, en el antiguo barrio de Diez de Julio, en Santiago, se disponen como los vagones de un tren inmóvil que, de llegar a moverse, arrastraría en su itinerario el taller de Norma Galaz, una costurera medio ciega, los mohos de una hojalatería, el domicilio de don Eusebio Manuel Labra y la venta de carbón de Arsenio Molina. Para concluir por fin la cuadra aquel viaje detenido en la resquebrajada esquina donde el chino Chong atiende su carnicería de equino tras una cortina de moscas. En el 346 de esa calle, enlomada y empedrada de cantos rodados, un astroso y anciano clérigo, renegado, según mascullan sin ofrecer más detalles los vecinos, vive a medio morir saltando la existencia lúgubre de los derrotados. Nada nuevo. La pobreza, como una sombra helada que gotea aceite de muertos, la miseria dura, exuda allí como en muchas otras partes su olor a encierro, a pan viejo, a sopa de ajo, a orines de gato, a ropa sucia, a parafina, a membrillos. El viejo cura excomulgado que habita la desvencijada casa, hay que decirlo, está bien lejos de

poseer la mansedumbre de alguien que espera ir pronto al encuentro de vaya uno a saber qué misteriosos jueces, o simplemente para sumirse en la misma honda negrura, indolora y silenciosa, donde se hallaba antes de nacer, lo que vendría siendo la única otra alternativa que se nos ocurre. No, ese anciano es una tromba de harapos que escribe día y noche, sin tregua sus cartas a las máximas autoridades de la curia, rogando por un perdón que tarda en llegar mucho más que el carro cinco, e incluso, si es posible, más que el trastabillante y esquivo tranvía dieciséis, a la esquina de Portugal con Diez de Julio, viene siendo esa una tempestad de tinta, que no amaina ni un instante en sus arabescas retóricas. Pero la respuesta tardaba más que el carro ocho. Lo que equivale a decir, sin rodeos y de una buena vez, que la contestación no llegaba nunca.

Bien sabemos cuán poco importa saber si existe o no otra vida más allá del final, siempre próximo. Lo único que cuenta, en verdad, es saber si hay una vida antes de la muerte. Para el hombre que arrastra los pies por los cuartos de paredes desconchadas y el pequeño patio emboscado de mantos de Eva, ese no es el problema. La vida suya ha sido larga y tortuosa y excesiva, como la de todos aquellos que, en algún momento creyeron, incautamente, poder cambiar el curso de las cosas terrestres.

El párroco Valdivia, de la iglesia de San Alfonso, se negó rotunda y sistemáticamente a admitirlo en sus misas, por lo que, cada mañana, año tras año, tuvo el viejo que cruzar la avenida Matta y caminar, cojeando, con un raro crujido de arena bajo la planta hilachenta de sus alpargatas, unas cinco cuadras largas para asistir a esa desaliñada misa cantada por el padre Higinio Ramos Baltra, el hepático y desencantado capellán de las Hermanitas de la Caridad, a quien la historia de Chile y en general la historia de los hombres lo traían sin cuidado, si acaso la recordaba, cosa que dudamos, porque al presbítero Ramos Baltra, obviamente, las cosas del mundo y sus pleitos le importaban tres divinos carajos. Misas de burócrata las suyas, apuradas, sin unción, en las que, a decir verdad, resultaba bien difícil imaginar al vino volviéndose sangre y el pan cuerpo de Nuestro Señor. En esa desabrida Cena, sin embargo, el ex cura y poeta Juan José Elizalde volvía a encontrarse, al cerrar los ojos, con el Jesús de su infancia copiapina, con el Señor Jesús de sus noches de temores, ese resplandor de bondad infinita que lo hacía olvidar, olvidar, olvidar. Y eso era lo único que él, luchador caído, necesitaba en este, su tramo final entre los hombres, a quienes les soñó en balde y sin que nadie se lo pidiera, una vida mejor. Sí, Elizalde era, si cargamos hartos tonos, algo así como un modesto Prometeo, encadenado ahora a

la piedra de la senectud, un titán al que el aguilucho insaciable de la vejez engullía, cada día, el páncreas, la próstata, los riñones, el estómago, las vísceras, el alma. Si la hubiera.

Fue, tranqueando hacia la misa del cura Ramos, que se enteró por boca del remendón español Agapito Palacios de los sucesos acaecidos en Ranquil. Escuchó de los 477 cadáveres desparramados por los campos como forraje de buitres. Nada ha cambiado un ápice, pensó. Entre los caídos, además de los campesinos atenazados por el hambre, se amontonaba también la carroña de lavadores de oro, la podredumbre de los jornaleros del túnel Las Raíces y la de un piquete de ferroviarios, junto a los agusanados restos de uno que otro camionero despistado que había adherido al alzamiento, sin saber muy bien por qué, de esos campesinos hambrientos en medio de uno de los inviernos más helados y más pobres que se recuerden. Los piñones habían desaparecido. No había en las despensas de las gentes tabaco ni yerba mate, ni harina, ni azúcar ni nada, mientras las pulperías estaban atiborradas, bramó el español, golpeando su banquillo zapatero con el puño cerrado. Nadie les fiaba. Y claro, coño, el odio crecía. Los primeros ataques, como es lógico, se encaminaron a las pulperías. Un chivato delator hijo de su putísima madre llevó la noticia a Curacautín. De golpe aparecieron esos cabrones de la milicia a caballo,

cura Julio, por todas partes y finaron a todos los que pillaban, fuera quien fuera. Comenzaron a tomar prisioneros pero a Temuco llegaron sólo 23 hombres.

Los demás terminaron en las aguas del Bío-Bío. Hombres, mujeres y niños, batidos con ametralladoras y repasados con yataganes. Casi 500, cura Julio, dijo el zapatero, golpeando otra vez su banquillo hasta casi sangrarse el pulpejo de la mano.

El viejo salió del oscuro socavón del zapatero y siguió su camino cabizbajo. Todo seguía siendo la misma mierda de siempre. La barbarie triunfa, una y otra vez. Una y otra vez. La infamia se corona de laureles y los obispos la bendicen con sus manos transparentes mientras afirman engolando la voz, aquellas máximas que recordaba y podía salmodiar de memoria: si alguno dijere que no se ofrece a Dios en la misa verdadero y propio sacrificio, o que el ofrecerse éste no es otra cosa que darnos a Cristo para que le comamos, sea excomulgado; si alguno dijere que en aquellas palabras «haced esto en mi memoria» no instituyó Cristo sacerdotes a los Apóstoles, o que no los ordenó para que ellos y los demás sacerdotes ofreciesen su cuerpo y su sangre, sea excomulgado; si alguno dijere que el sacrificio de la misa es solo sacrificio de alabanza y de acción de gracias, o mero recuerdo del sacrificio consumado en la cruz, más que no es propiciatorio, o que sólo aprovecha al que le recibe y que no se debe

ofrecer por los vivos, ni por los difuntos, por los pecados, penas, satisfacciones, ni otras necesidades, sea excomulgado; si alguno dijere que se comete blasfemia contra el santísimo sacrificio que Cristo consumó en la cruz por el sacrificio de la misa, o que por éste se deroga a aquél, sea excomulgado; si alguno dijere que es impostura celebrar misas en honor de los santos y con el fin de obtener su intercesión para con Dios, como intenta la Iglesia, sea excomulgado; si alguno dijere que el Canon de la misa contiene errores, y que por esta causa se debe abrogar, sea excomulgado; si alguno dijere que las ceremonias, vestiduras y signos externos que usa la Iglesia Católica en la celebración de las misas son más bien incentivos de impiedad que obsequios de piedad, sea excomulgado; si alguno dijere que las misas en que sólo el sacerdote comulga sacramentalmente son ilícitas, y que por esta causa se deben abrogar, sea excomulgado; si alguno dijere que se debe condenar el rito de la Iglesia Romana, según el que se profieren en voz baja una parte del Canon y las palabras de la consagración, o que la misa debe celebrarse sólo en lengua vulgar, o que no se debe mezclar el agua con el vino en el cáliz que se ha de ofrecer, porque esto es contra la institución de Cristo, sea excomulgado. Y así se fue el Pope excomulgando y excomulgando para pasar el rato, mientras el viento del sur arrastraba un leve hedor

de podredumbre, de cuerpos abandonados en la arena negra de un río invisible que fluye desde el más allá, con su arrastre mortuorio, por aquellos parajes inhumanos que esconde la Tierra y la mente, con sus cañones y desfiladeros, alzados sólo para ocultar un horror tan profundo que su más leve visión, su mero vislumbre, harían insostenibles toda palabra de bien, todo gesto de bondad entre nosotros. La misma mierda siglo tras siglo, pensó el cura cruzando el bandejón central de avenida Matta, por donde acababa de pasar un contoneante y fantasmagórico tranvía entre la neblina de la mañana. Pero si tanto se repiten las cosas será pues porque simplemente tienen que ser así, concluyó el ex cura, escupiendo en la acera un salivazo ensangrentado.

Parecía como si la muerte rodeara esa mañana al ex monseñor Elizalde por todos lados. Nada más salir de la desangelada misa donde las Hermanitas de los Pobres, escuchó el pregón de un canillita avisando del asesinato del poeta José Santos Chocano, vate peruano con el que había llegado a tener algún trato esporádico y por el que sentía una intensa antipatía manchada, ¿para qué callarlo?, de una envidia vercosa como el hongo del vinagre. El éxito literario, los honores, todo lo que a él se le negó con primoroso celo, le tocaron en suerte al peruano hasta la náusea. En Santiago, el poeta se había entregado con todo su ser a la más estrambótica

de todas sus extravagantes empresas: la búsqueda del tesoro escondido en alguna parte de la ciudad por los jesuitas, en su fuga tras ser expulsados de todos los territorios españoles. Pero había ocurrido que su socio en estas aventuras de escarbos y consultas a videntes, Martín Bruce Badilla, mentalmente perturbado, y quien al parecer se sentía víctima de los engaños del bardo peruano, le dio a éste de puñaladas hasta matarlo, arriba del tranvía en que Chocano regresaba del correo y ya casi arribando a la casa que habitara, en el 24 de la calle Eduardo Llanos, en Pedro de Valdivia. Era un hombre que había corrido mundo este Chocano, recordó el ex Monseñor. Consejero de Pancho Villa en México, realizó en los Estados Unidos una intensa propaganda ideológica a favor de la Revolución Mexicana. Pero al mismo tiempo había puesto su pluma y sus consejos al servicio del lúgubre dictador guatemalteco Estrada Cabrera, un chacal de aquellos, lo que le valió una condena a muerte tras el derrumbe de su dilecto protector el tirano adepto a la Rosa Cruz. Fue milagrosamente indultado y se acogió en su Perú natal a la protección del dictador Leguía, quien en una ridícula y desmesurada ceremonia pública le coronó Poeta de América en 1922.

Bien muerto está ese cholo cursi y concha de su madre, dirá para sí el cura, arrojando a medio leer el

pasquín donde venía la primicia. Le habían dado sus buenos palmos de acero. El Solingen había entrado, imaginó como en cámara lenta, primero en la piel, luego habría seguido su viaje por la grasa y los músculos del poeta una y otra vez, hasta alcanzar un ventrículo del corazón, y seguramente se habría torcido la hoja en las costillas, pero, como los ríos, habría seguido su curso inevitable. Ese mismo cauce que Mrs. One, la sibila de Lexington Avenue, le anticipara en su juventud a Chocano. No se detuvo Bruce, el esquizofrénico, hasta romper allá dentro la sucia relojería de las tripas llenas de mierda, los riñones cargados de meados, la suciedad desde la que se levanta el templo del espíritu como un palacio de marfil, construido sobre un albañal inmundado de carne y humores repugnantes. Entre estas cavilaciones vagas caminó el cura ese día tan inusualmente marcado por la muerte. Ese día en que los cadáveres parecían llevar en vilos a los vivos por extrañas calles desconocidas, como en un sueño. Sangre, músculos, tejidos tegumentarios, cartílagos, esperando lo único seguro que existe: la podredumbre. Pero también recordó su gran secreto. Ese que llevaba enterrado como una luz en lo más hondo del corazón.

Como es bien sabido por todos aquellos pintorescos investigadores del llamado fenómeno OVNI, el primer

avistamiento documentado moderno es el sucedido en Chile en 1868 y publicado en el periódico *El Constituyente* de la ciudad de Copiapó, refiriéndose a lo observado allí como «un volátil desconocido» y, luego, ese mismo año, como un grupo de «estrellas filantes» o «bólidos» que cruzaban el cielo. Transcribimos a continuación, para mayor abundamiento, una carta llegada a la redacción de diario *El Constituyente* de Copiapó.

Mina Fantasma, marzo 16 de 1868

Nos apresuramos a participar a ustedes, para que lo comuniquen a sus lectores, el curioso hecho siguiente: ayer, a eso de las cinco de la tarde, a tiempo que habían concluido los quehaceres del día en esta mina, y estando todos los operarios reunidos esperando su cena, vimos venir por los aires, del lado de «La Ternera», un ave gigantesca que a primera vista tomamos por una de las nubes que en ese momento entoldaban en parte la atmósfera, suponiéndola desprendida de sus compañeras por una ráfaga casual de viento.

A medida que el objeto en cuestión se acercaba infundiéndonos una justa sorpresa, pudimos notar que era un volátil desconocido, el roc de *Las Mil*

y una noche, tal vez, o quizás un Leviathan de los desiertos. ¿De dónde venía? ¿A dónde iba? Su dirección era de noreste a suroeste; su vuelo rápido y en línea recta. Cuando pasó a corta distancia sobre nuestras cabezas, pudimos notar la rara estructura de su cuerpo. Sus grandes alas estaban vestidas de plumas parduscas; la cabeza del monstruo parecía la de la langosta y, con ojos tamañamente abiertos y brillante como ascuas, se veía cubierta de algo parecido a grueso y espeso vello, como cerda; mientras que el cuerpo, prolongándose cual el de la serpiente, sólo dejaba ver escamas brillantes, que sonaban como partículas metálicas cuando el raro animal se replegaba sobre sí mismo.

La sorpresa se cambió en susto entre los trabajadores, a presencia de un fenómeno tan extraño. Toda la ciencia ornitológica de los buenos mineros se agotó inútilmente buscando el nombre y las cualidades del pájaro descomunal que acababa de pasar, felizmente sin dejar huella. Algunos aseguran haber percibido un detestable olor en esos momentos, un olor parecido al del arsénico cuando se quema. Otros afirman que su olfato no ha sido herido de desacostumbrado modo. Los supersticiosos entienden que es el diablo mismo el que habían visto pasar, a la vez que otros

recuerdan haber sido testigos, en esa ciudad, hace años, del paso de un ave monstruo semejante.

Como el caso es en extremo curioso, hemos creído deber participárselos, ahorrándonos sobre él comentarios inútiles, pues a la verdad no podemos explicarnos satisfactoriamente lo que hemos visto por primera y quizás por última vez en nuestra vida. ¿Será por ventura que en el desierto o en las cordilleras la naturaleza se complace en dar vida y guardar por largos años en la soledad esas creaciones deformes, que emprenden el vuelo a través del espacio cuando sus fuerzas lo permiten, sin más objeto que el de transportarse a otras regiones donde las asalta la muerte y el suelo guarda sus esqueletos para confusión de los sabios, que al encontrarlos creen hallar restos antediluvianos?

Mientras la madre pujaba en lo hondo de la casa entre gritos, el Espíritu cruzaba de sur a norte el cielo de la noche como un pterodáctilo.

El fenómeno se observó muchas veces en esa zona durante dicho año, y es considerado por los actuales ufólogos como la primera oleada de la que se tiene constancia, y el inicio de los registros que propiamente tal se relacionan al tema OVNI. Pues bien, para el

cura aquello de los bólidos y los asteroides filantes no encerraba misterio alguno. El sentía en sus entrañas la luminiscencia angélica que mesmerizó a sus padres cuando lo estaban engendrando y bañó a su madre cuando lo estaba pariendo, los destellos eléctricos de un dios desconocido que, con el correr de los años y lleno de dudas, el cura quiso identificar con Jesucristo. Pero no con cualquier Jesucristo, sino con aquel ser de Luz que pronunciara el Sermón de la Montaña. No había fuegos misteriosos ni enigmas. Sólo el Dios del Amor derramando su bálsamo sobre la Humanidad dolorida. El viejo Padre del Tabor, del Sinaí. No se sintió nunca Monseñor un hombre especial, salvo por la sensación rara y persistente de llevar una tenue claridad en sus venas en lugar de sangre, el claror de ángeles, de arcángeles y de otras raras entidades sin nombre que regaba su cuerpo de un escalofrío. La misma terciaria que decía haber sentido su señora madre cuando lo traía al mundo. Bien sabía el Pope Julio que Nuestro Señor se hace presente por la conversión del pan y el vino en su Cuerpo y Sangre. En la transubstanciación toda la sustancia del pan y toda la sustancia del vino desaparecen al convertirse en el Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Cristo. De tal manera que, antes de la separación y después de la separación, se contiene Cristo entero. ¿Qué podríamos decir nosotros de un Ministro

suyo que vino al mundo entre esos rosicleres y destellos ultra terrenos, se ordenó, sirvió con celo a su Iglesia y, con esos rayos cósmicos, aún candentes en su ser, cambió sorpresivamente de camino? ¿En qué se transubstanció el poeta Julio? Los hombres mutan incesantemente, lo sabemos, se transfiguran, rotan en sus traslaciones y son dioses larvados, con las alas plegadas, esperando el momento del orgullo supremo, cuando rompen la crisálida para volar hacia la flama de su gran fatalidad definitiva, porque recordemos que el cristianismo es la única religión que considera la ignorancia una virtud, y el cura comió del fruto del árbol prohibido al momento mismo de nacer. La iridiscente manzana de su perdición. Y ese fue su secreto triunfo sobre las sombras de la superstición y la ignorancia, para volar hacia un dios que era a la vez Cristo y Lucifer. Ese Crucifer, el Señor que Brilla en el Espacio sin motivo aparente, como toda la realidad manifestada, de la que es el Padre y decano absoluto en todo este gran teatro sin sentido, donde sólo quedaba la fe ciega como última roca donde aferrar el alma en el fragor del naufragio, aún sintiendo en el fondo de todo el flamear de una llama misteriosa e inexplicable que le gruñía y que el agua del bautismo fuera del todo incapaz de extinguir en su alma. Leyendo al profeta Ezequiel había sentido Julio Elizalde un estremecimiento, especialmente en aquella parte en que éste narra:

El año treinta, el cinco del cuarto mes se abrió el cielo y contemplé visiones divinas (Ezequiel 1, 1). Yo miré; vi un viento huracanado que venía del norte, una gran nube con fuego fulgurante y resplandores en torno, y en el medio como el fulgor del electro, en medio del fuego había como una forma de cuatro seres cuyo aspecto era el siguiente: tenían forma humana. Tenían cada uno cuatro caras, y cuatro alas cada uno (Ezequiel 1, 4-6). Por encima de la bóveda que estaba sobre sus cabezas había algo como una piedra de zafiro en forma de trono; por encima, en lo más alto, una figura de apariencia humana (Ezequiel 1,26). Vi algo como fuego que producía un resplandor en torno, con el aspecto del arcoiris que aparece en las nubes los días de lluvia. Era algo como la forma de la gloria de Yahveh. A su vista, caí rostro en tierra y oí una voz que hablaba. Me dijo: «Hijo del hombre, ponte en pie, que voy a hablarte.» El espíritu entró en mí como se me había dicho y me hizo tenerme en pie; y oí al que me hablaba (Ezequiel 1, 27-28; 2,1).

Había él también entrevisto la forma de la gloria y el azul conmovedor de la piedra del zafiro.



1905

*Sin importar cuán alto llegues o
cuán alto toques, tocarás carne.*

Austín Osman Spare

Fue el día en que murió Julio Verne. Y así, por ese sólo hecho, sería que durante mucho tiempo Brumario Valencia Toledo, Soberano Gran Comendador y Gran Copto del Supremo Consejo del Grado 99 de la Masonería Chilena del Rito de Menfis, recordaría esa fecha: 24 de marzo de 1905. Salió algo pasadas las nueve de la noche a la calle, tras el término de una muy prolongada y tediosa reunión de La Sutil Cámara del Cenit, realizada en el Templo del Club de la Alianza. Durante esa semana había tenido que asistir a cuatro Iniciaciones, dos Aumentos de Soldada y una Exaltación, con sus correspondientes ágapes y baterías y brindis y retórica hueca. Agenda extenuante para cualquiera, máxime si se pasaban largamente los setenta como era el caso del Ilustre y Poderoso Hierofante y Gran Comendador Valencia Toledo. La reunión es en un local sito en la

calle de Matucana. Allí lo esperan sus correligionarios del Partido Democrático y, a la cabecera de la mesa, lo más probable, casi con toda seguridad, entre empanadas fritas, arrollados, mollejas y morcillas, chicha nueva y mostos varios, estará ni más ni menos que el Querido Hermano Malaquíás Concha, tribuno y diputado del pueblo. El mismo que en la Cámara muy lúcidamente expresó que entre los participantes en el desfile del domingo se podían distinguir tres grupos: los miembros de las sociedades obreras, respetuosos, organizados, de comportamiento irreprochable; la masa trabajadora, «generalmente no asociable y fácilmente excitable, influenciada a veces por las injusticias que tiene que soportar» y, finalmente, «los malhechores de todo orden que se anidan en el bajo fondo de la sociedad».

Caminó Valencia por la calle de La Compañía hacia el poniente, rememorando el agitado verano que recién comenzaba a extinguirse. Una estación de común repetitiva, apacible, y que, inusitadamente ese año, como nunca, resultó intempestiva y volcánica, por motivos que sólo el Grande Albañil del Cosmos podría llegar a conocer a cabalidad. Si acaso.

La hecatombe se inició inesperadamente, como ocurren aquí casi todas las cosas terribles. Fue tras de la ordenada disolución de un mitin, celebrado en la Alameda, una soñolienta tarde de domingo, reunión que

había sido convocada mediante una octavilla, repartida profusamente de mano en mano y fijada en los muros de Santiago. En la papelina literalmente se leía:

El domingo 22 de octubre a las 3 P. M. se llevará a efecto por las sociedades obreras de la capital un grandioso desfile con el fin de solicitar respetuosamente del Supremo Gobierno la abolición del impuesto que grava la internación del ganado, medida que traerá inevitablemente el abaratamiento de este artículo, poniéndose al alcance del pueblo. El mismo día y a la misma hora se verificará una manifestación análoga en toda la República. Tenemos la íntima convicción de que el pueblo entero nos acompañará en esta justísima petición y que, sacudiendo ese día su apatía, nos prestará su concurso personal formado en la Alameda de las Delicias, donde esté la bandera de su respectiva comuna, bajo la dirección de la comisión correspondiente, para unirse a las sociedades obreras y dar mayor realce a esta manifestación. Pedimos al pueblo de Santiago que haga memorable el 22 de octubre, observando el más completo orden y compostura durante el desfile, que no haya gritos e incidentes que denigren nuestra cultura y civilización. ¡Todos

los padres de familia al desfile! ¡Viva la República!
¡Viva el orden! ¡Todo el pueblo al desfile!

Al atardecer, bajo un crepúsculo muy rojo, el que ahora, y desde aquí, con facilidad podríamos definir como extraordinariamente presagioso, una delegación de obreros, con los sombreros en la mano, se apersonó en La Moneda llevando al meticuloso presidente don Germán Riesco los acuerdos alcanzados en el desmañado cónclave. Era Riesco hombre a quien su hijo nos describe como muy blanco de tez, de cortos cabellos rubios, barba y bigote a la moda española, largas y pobladas cejas bajo las cuales brillaban penetrantes o sonreían maliciosamente sus claros ojos azules, que entrecerraba un tanto para vencer su ligera miopía. En el petitorio se exhortaba al ejecutivo a la rebaja del impuesto que gravaba el vacuno argentino lo que impedía la entrada de animales por los pasos cordilleranos, engordando las arcas de los crianceros locales. Con la salvedad, claro está, de los pocos piños furtivos que entraban por los portezuelos y boquetes mal resguardados, y cuando el clima lo permitía, negocio en el que, se rumoreaba, estaban involucrados no pocos funcionarios del régimen, incluyendo a Ministros de Corte y jefes policiales.

El Presidente de la República, siguiendo una viejísima tradición republicana, y seguramente entrecerrando

los ojos más de lo habitual, prometió a los obreros estudiar con cachazuda seriedad y prontitud el asunto. Y, tratando de hacer un mal chiste, se comprometió a tomar a la brevedad el toro por las astas.

A pesar de la palabra empeñada por el mandatario empezaron a sucederse graves y crecientes excesos en algunos barrios de la ciudad, los que alcanzaron carácter de insurrección caótica en el Paseo de las Delicias. Al momento de acaecer estos alarmantes hechos la capital se hallaba sin su habitual tropa de línea, la que encontraba realizando las periódicas maniobras y prácticas en unos campos que poseía por ahí, a unos centenares de kilómetros de Santiago. Sólo los llamados pacos azules, la esperpéntica policía de entonces, intentaba en vano contener la efervescencia.

También en relación a la carne, pero en una dimensión harto distinta, se ocurrían en la capital de Chile otros sucesos en extremo escabrosos y sumamente repulsivos para las conciencias normales de la gente decente y común: al interior del Colegio de San Jacinto, fundado píamente para educar a niños de buena familia por los «hermanos de las Escuelas Cristianas», las usanzas de Sodoma y Gomorra parecían haber regresado en toda su pestífera majestad. Un niño de ocho años que fue violentado sexualmente allí en reiteradas ocasiones por sacerdotes y frailes de dicha

congregación llegó bañado en lágrimas al hogar paterno en la calle de la Merced, narrando entre sollozos y con pueriles palabras que todos los santísimos curas jacintos, con la salvedad del padre Urizar, le metían la tula por el poto. Su hermano mayor, con los sentidos nublados por la furia, según algunos afirman, salió hecho un celaje rumbo al malhadado colegio, y cayendo sobre el principal responsable de la nefanda fechoría le dio de puñetazos y puntapiés hasta casi matarle. Así, cuanto menos, es lo que hemos escuchado por ahí entre chupilcas y mates con punta de aguardiente. Y lo que narra, claramente palabras más palabras menos, Rafael Gumucio Rivas en sus esclarecedoras relaciones de estos aconteceres aberrantes.

La asquerosa historia y sus detalles llegan a la prensa radical haciendo temblar de espanto a las gentes que, por entonces, se llamaba «de corazón bien puesto». Los tribunales de justicia se transforman en un calvario de la abominación, y los estrados se transforman en tinglados donde decenas de niños de diez y once años subieron para representar con mímicas horrendas y con lujo de detalle todo lo ocurrido en los oscuros claustros jacintos. Un circo del horror. Orgías, sexo oral, escatología. Nada quedó fuera de esos relatos espeluznantes. A estas atroces revelaciones comienzan, en cadena, a sumarse centenas de denuncias similares que señalan a otros colegios y

congregaciones de la Iglesia Católica. El resumen del fiscal se asemeja más a un libro del Marqués de Sade que a un libelo jurídico. Un escrito que, sin duda, se habrá extraviado, mágicamente, en las catacumbas insondables de la magistratura, pero que resultó crucial en su hora para mermar las tradicionales ínfulas del conservantismo clerical y sus títulos de dominio sobre la Verdad, la Bondad y la Belleza.

Respecto al asunto de la otra carne, la de vaca, un escueto parte policial establece:

El aspecto de la mayor parte de los individuos que andaban en las pobladas era siniestro y revelaba claramente su procedencia de las últimas capas sociales del pueblo, y no era difícil distinguir entre ellos a muchos rateros, ladrones y delincuentes conocidos de antemano por la policía, a mucha gente de mal vivir, a agitadores de profesión, y a la chusma que siempre está lista para acompañar cualquier manifestación contra el orden público en donde pueda ella entregarse al libertinaje del robo y del saqueo.

Para más abundamiento, a la mañana siguiente la ciudadanía pudo leer, bien destacada en *El Mercurio*, la siguiente narración pormenorizada de los hechos:

Los gravísimos sucesos de ayer en el meeting
por la abolición del impuesto al ganado

UN GRUPO DE DESCAMISADOS ENTREGADO AL PILLAJE

*La policía los reprime enérgicamente; un muerto y un
centenar de heridos. 148 individuos presos: detalles
completos*

Alrededor de un hermoso movimiento de opinión, organizado en condiciones de irreprochable cultura por los gremios obreros de Santiago, se han desarrollado ayer en esta ciudad desórdenes vergonzosos que aparecen revestidos de todos los caracteres de un salvaje atentado a la vida y propiedad del vecindario.

Como es del dominio público, las numerosas asociaciones formadas por el elemento trabajador de nuestro pueblo venían iniciando desde tiempo atrás una gran manifestación encaminada a obtener la derogación de la ley de 1897, que grava la internación de ganado argentino. Delegados de todas ellas habían constituido un comité central presidido por el presidente de la Sociedad Gremio de Abasto, con ramificaciones en la mayor parte de las ciudades de la República.

La considerable carestía de la carne movió a este comité en los últimos días a activar sus trabajos: se nombraron delegaciones comunales de propaganda, se repartieron proclamas invitando al pueblo a acudir en masa al meeting que se preparaba, y se señaló para celebrarlo el día de ayer domingo, a las 2 de la tarde, designándose como punto de reunión la Alameda de las Delicias, en el espacio comprendido entre los monumentos de O'Higgins y de San Martín.

El matutino se retuerce entre las manos de Malaquías Concha. Se hace casi un bollo en los dedos de los hermanos Amunátegui. Pero también respira al ritmo acompasado y satisfecho de párrocos, ganaderos y corredores de ganado.

Días antes habían corrido ciertos rumores de que se producirían desórdenes y hasta habían llegado desde los barrios bajos al centro de la ciudad, ciertos vientecillos de tempestad. Se decía sotto voce que se preparaba un saqueo, aprovechando la circunstancia de que la ciudad no tenía más vigilancia que la fuerza de policía, pues la fuerza de línea se encontraba en las grandes maniobras militares.

La opinión rechazaba estos que parecían absurdos rumores, y la policía participó también de la misma incredulidad, sin descuidar por eso cierta vigilancia

especial. La Prefectura había informado sus medidas para poder reconcentrar, en caso necesario, hasta mil hombres en un momento dado.

Ayer, a la hora señalada para el meeting, se reunieron en la Alameda todas las sociedades obreras de Santiago, llevando sus estandartes e insignias. Acudieron también las asociaciones análogas establecidas en las comunas rurales y pueblos circunvecinos, y además una enorme multitud de gente de todas las clases y condiciones. Puede calcularse entre 25.000 y 30.000 el total de personas congregadas allí al momento de ponerse en marcha la columna de manifestantes.

El comité directivo había acordado expresamente que no hubiera discursos, pero improvisados oradores populares quebrantaron la consigna, reuniendo a su alrededor sendos auditorios.

Poco después de las 2 el comité, seguido de interminable fila de manifestantes, se dirigió al Palacio de La Moneda, por la calle de Morandé, y luego que se supo que S. E. el Presidente de la República no estaba allí sino en su domicilio particular, continuó el desfile hacia la morada de este magistrado (Huérfanos esquina de Amunátegui), en medio del mayor orden y compostura.

El comité se hizo anunciar y solicitó audiencia del Excmo. Señor Riesco, quien lo recibió en el acto, introduciéndolo a su escritorio del primer piso. S. E. estaba acompañado del señor Ministro de Relaciones Exteriores, don Federico Puga Borne, y del señor Prefecto de Policía, don Joaquín Pinto Concha.

El comité puso en manos de S. E. la siguiente presentación:

«A S. E., el Presidente de la República.

«Excmo. Señor: el que haya una disposición en nuestra carta fundamental que acuerde el derecho de petición a los ciudadanos demuestra el espíritu previsor que guiaba a los que elaboraron la ley a la cual está vinculada la grandeza de la patria.

«En el transcurso de los años podía presentarse algún malestar en el pueblo, cuya intensidad no fuera debidamente conocida por el Supremo Gobierno, de aquí nació la necesidad de que el pueblo la pusiera respetuosamente en conocimiento de sus gobernantes para que dictasen las medidas necesarias para evitarlo.

«Hoy día se presenta a la consideración de V. E. la resolución de un problema de cuya solución favorable depende la virilidad y la grandeza de la nación.

«En 1897, impelidos por nuestro patriotismo y henchidos nuestros corazones de entusiasmo aplaudíamos que se dictara una ley de protección para asegurar el desarrollo de la ganadería nacional.

«Esta ley satisfacía las justas aspiraciones de todos, porque en día no lejano nos bastaríamos a nosotros mismos y tendríamos la carne nacional a un precio equitativo.

«Cegados por nuestros anhelos patrióticos ni soñábamos las tristes y crueles decepciones que nos deparaba el porvenir.

«Desde que se puso en vigencia la ley se pudo observar que el precio de la carne ascendía progresivamente. Se ha aguardado con ansiedad que la ganadería nacional manifieste su existencia, no decimos haciendo bajar el precio sino deteniéndolo siquiera; pero no hemos podido ver ni la una ni la otra cosa».

Las grandes planas, oliendo aún a tinta fresca, flamean entre los dedos del pulpero Catalán, de la misia Aurorita Echeverría viuda de Echegaray, dueña de la hacienda ganadera La Mariposa, del coronel Díaz Barcia, y hasta del mismísimo Arzobispo pro tempore de Santiago, su eminencia don Samuel Santiago Santos Segundo

Severino Silvestre Toribio Venancio Vicente Walterio Zoilo Zorobabel del Niño Jesús Amunátegui y García Moreno, mientras toma su chocolate caliente en la cama bajo un gran óleo que representa a la Virgen con el Niño, de autor italiano desconocido.

«En ocho años de vigencia de la ley que grava la internación de ganado, ha quedado demostrado, con hechos tan reales como el alza progresiva de la carne hasta llegar al precio exorbitante de hoy, que a su amparo no se ha desarrollado la ganadería nacional, como se esperaba, y que el consumo nacional ha sido para ella un peso tan enorme que la ha extenuado y la ha reducido a su más simple expresión, produciéndose una situación aflictiva para la mayoría del país.

«A nombre del obrero nacional y del pueblo en general, solicitamos respetuosamente de V. E. que se sirva someter a la consideración del Soberano Congreso, incluyéndolo en la convocatoria, un proyecto de ley que derogue la ley que grava la internación de ganado dictada en diciembre de 1897.

«Como chilenos nos es doloroso tener que inclinarnos ante la evidencia de los hechos, es decir,

del fracaso de la ganadería nacional, y nos hemos convencido de que el verdadero patriotismo está en mantener la virilidad de nuestra raza con una alimentación nutritiva y abundante.

«Si hay actos de los cuales pueda enorgullecerse un Gobierno, es, sin disputa, el decir y acudir en auxilio de su pueblo presentándose como ángel de activación cuando la necesidad golpea a su puerta y días de miseria y sufrimientos se dibujan en el horizonte.

«Esperamos que V. E., inspirándose en sus sentimientos humanitarios y de piedad, acoja favorablemente nuestra petición y le preste la adhesión que merece por ser una necesidad nacional.

«Es justicia que solicitamos de V. E.

«Santiago. Octubre 22 de 1905

«Fermín Sánchez, presidente; Carlos Cornejo, vicepresidente; Santiago Baeza, O. Huerta Parragués, secretarios.»

S. E. contestó a los miembros del Comité que tanto él como los señores Ministros del despacho tendrían el mayor agrado en estudiar la solicitud que se le presentaba a nombre del pueblo del

Santiago, agregándoles que por tratarse de la derogación de un impuesto establecido por ley el asunto no era del exclusivo resorte del poder Ejecutivo, pues le correspondía, también, tomar intervención en él al Congreso. El Comité agradeció a S. E. sus buenos propósitos y se retiró de la mansión presidencial para disponer que la columna continuara el desfile por frente a algunas oficinas de diarios que han patrocinado la abolición del impuesto al ganado argentino.

Por la estrechez de las calles y el grandísimo número de manifestantes, sólo algunas sociedades se dieron cuenta de estos hechos y de la determinación del Comité, de modo que el resto pasaba frente a la casa de S. E. cuando ya los balcones se encontraban cerrados.

Algunos mal intencionados comenzaron entonces a hacer creer a los manifestantes que S. E. no había querido oír al Comité y aun que se había alejado de Santiago, lo que comenzó a exasperarlos y a hacer que lanzaran gritos irrespetuosos.

A consecuencia de estas detenciones frente a la casa de S. E. se fraccionó el desfile en muchos trazos que se perdían sin saber la dirección que había tomado la cabeza.

A esto se unieron las órdenes que por medio de los mismos guardianes enviaban los organizadores a las distintas sociedades que aún recorrían sin rumbo las calles de Moneda, Agustinas, Teatinos, Morandé y otras, para que se plegaran a la cabeza que había recorrido las calles de Morandé, Compañía y Teatinos.

Antes de pasar por la casa del señor Malaquías Concha se detuvo largo rato la cabeza esperando que se le juntaran las otras sociedades, que, como hemos dicho, eran advertidas por los mismos guardianes de orden del comité.

Entre tanto, cerca de la mitad de los manifestantes, compuestos ya de gente indisciplinada, que no había tenido conocimiento de estos hechos, se dirigía en larguísima fila de la Moneda a la casa de S. E.

Esta poblada, segregada absolutamente de la parte consciente de los manifestantes, obedeciendo y dando crédito a las expresiones y órdenes mal intencionadas de algunos exaltados, que les hacían creer que habían sido burlados por S. E. el Presidente de la República, se dirigió, a los gritos de ¡a La Moneda!, ¡a La Moneda!, ¡al palacio de Gobierno!, estableciéndose en la plazoleta Portales, en medio de ruidosas manifestaciones.

En La Moneda se encontraba el señor director del tesoro y el jefe de la sección de especies de la misma oficina, señor Barros, que acudieron a la puerta al oír los gritos de la muchedumbre, y junto con el oficial de guardia, teniente señor Fuenzalida, acordaron cerrarlas en vista de la reducida guardia con que contaban: sólo cuatro hombres, sin armas de fuego.

El periódico se retuerce entre los dedos de Dionisio Catalán, peluquero de la calle Dieciocho. Tiembla entre las manos de Sor Aída de Jesús.

La población, exaltada con las peroraciones de algunos oradores populares, comenzó a lanzar pedradas contra la ventana del palacio.

En vista de esto, el piquete de policía que los seguía les ordenó que se retiraran, orden que fue recibida con una lluvia de pedradas que alcanzaron a algunos guardianes, siguiéndose después un ataque más enérgico que obligó a la tropa a huir por la calle de Teatinos hacia la Alameda, siendo seguida por el pueblo.

En la Alameda la policía se organizó y fue reforzada por piquetes que se hicieron venir de diversos puntos, donde por disposición de la Prefectura, se encontraban listos para cualquier evento.

En estos momentos la tropa recibió órdenes del comisario de la 3ª, señor Ávila Money, de reprimir con energía estos desmanes, iniciándose entonces un verdadero combate con el pueblo, en el cual los guardianes llevaron la peor parte a causa de sus cabalgaduras. Algunos soldados eran desarmados y bárbaramente estropeados, arrojándose las armas, después de destruidas, a las acequias laterales de la Alameda.

El combate entre la policía y el populacho se prolongó hasta cerca de las 4 de la tarde, pero aún después de esa hora se libraban pequeños encuentros de grupo a grupo, hasta que por fin a eso de las 5 se consiguió restablecer el orden.

Los transeúntes de la Alameda pudieron ver en la tarde que las calles se encontraban aún cubiertas con los despojos de lucha: adoquines, piedras y vidrios rotos. En toda la extensión de la Alameda desde Bandera hasta la Estación Central de los Ferrocarriles no había quedado un solo vidrio en los faroles del alumbrado público.

Muchas propiedades particulares sufrieron graves perjuicios y el domicilio del senador don Rafael Errázuriz Urmeneta, que contiene tantas obras de arte y tantos objetos preciosos, escapó apenas del saqueo y del pillaje gracias a la enérgica acción de la policía. Los asaltantes habían alcanzado a derribar las celosas de las ventanas que caen sobre la calle Dieciocho.

Todavía a las 6 de la tarde se hacía sentir la obra de los desalmados. Un grupo de éstos recorrió las calles del Estado y Ahumada, destrozando a pedradas los focos del alumbrado eléctrico, y llegó hasta la Plaza de la Independencia, donde fue repelido por algunos paseantes ayudados por la policía.

La empresa de tracción y alumbrado eléctricos ha sufrido perjuicios de gran consideración. Desde luego, encabeza la lista de los heridos el gerente general, el señor don Eduardo [...], quien fue atacado por un grupo de malhechores, recibiendo una herida en la cabeza.

El mismo señor gerente ha declarado al señor Prefecto de la Policía que los daños causados al material de la empresa no bajan de 50 mil pesos.

No menos de 30 carros están casi destruidos. De ellos 5 ó 6 han quedado completamente

inutilizados, ocho podrían prestar servicios después de que reciban una refracción completa y el resto volverá a la circulación dentro de poco.

Varios tranvías fueron quemados por los atacantes, quienes se servían de las cortinas de los mismos como combustible para activar el fuego. Es muy grande el número de carros cuyos cristales fueron totalmente destrozados a pedradas.

La gran sábana de papel crujía entre las manos de los notarios, los peluqueros, el gordo señor del Club de la Unión, los Ministros de la corte y todos aquellos que devoraban esa mañana el periódico, medio manchado de café y mantequilla, con la deleitosa voracidad del que se ha salvado de una buena.

En esta misma forma resultaron destruidos los focos del alumbrado eléctrico en la Alameda, Plaza de la Independencia y calles del Estado y de Ahumada.

Los amotinados se apoderaron del manejo de un tranvía que circulaba de bajada por la Alameda: le hicieron retroceder violentamente para que chocara, como así sucedió con otro que marchaba

poco más atrás. El choque fue tan recio que ambos vehículos quedaron totalmente destruidos.

El servicio de tranvías se suspendió a eso de las 4 de la tarde. El de alumbrado eléctrico funcionó como de ordinario, reparándose rápidamente los perjuicios. El Cuerpo de Bomberos de Santiago, cuya abnegación es ya proverbial, se ha apresurado a allegar su valioso concurso a la hora de resguardar el orden público.

Hasta ahí *El Mercurio*. Lo que no se mencionaba en parte alguna es que las escaramuzas que azotaron a la capital cesaron abruptamente con la llegada de las anheladas tropas de línea a cargo de Roberto Silva Renard. Varias descargas de fusilería dieron por tierra con setenta y tres, y cerca de trescientos resultaron heridos de diversa consideración. A esa práctica militar se la llamó «palomeo de rotos», un deporte castrense que iría adquiriendo con el tiempo más y más adeptos, sobre todo en las pampas calicheras y, más adelante, en varios otros lugares que aún por entonces seguramente ni nombre tenían.

Cuando se escucharon los primeros ladridos de los máuser, Justo Bravo, reporter de *La Ley*, se encasquetó el panamá hasta las cejas y corrió a buscar refugio tras los

muros del portal de la Capilla de las Ánimas mientras recordaba entre sofocos a Simón Bolívar sentenciando algo así como «maldito el soldado que vuelva las armas contra su propio pueblo». También recordó a Rosalía, su mujer que lo esperaba en el barrio del Carrascal, y a su madre, pero nada le impidió sacar del bolsillo la libreta para comenzar a tomar unas notas febriles, arrebatadas, casi ininteligibles, de todo cuanto estaba ocurriendo a su alrededor. La Waterman volaba sobre el papel y a ratos rasguñaba, arañaba, para volver a levantar su vuelo de paloma negra. Y perdió Bravo el sentido del tiempo y ya no estaba en el portal de una iglesia sino en el pórtico mismo del siglo XX, el que se salpicaba de sangre tras cada descarga de las carabinas. Los eones, las eras, se agolparon entonces en ese improvisado parapeto. Y una sombra se comenzó a coagular sobre él, una nube oscurísima que lo acompañaría por el resto de la vida. Y vio ante sus ojos caer a un joven, casi un niño, alcanzado por la munición de acero. Una rosa de sangre le decoró la espalda, mientras hacía una pirueta imposible, como si a la vez subiera y se frenara en su carrera, y también bajara, bailando. Una gesticulación que sólo conocen los que han visto a otro alcanzado de lleno por un disparo de guerra, con un rictus de sorpresa infantil dibujado en la cara. Justo Bravo vio muchas veces esa tarde las cabriolas, siempre grotescas, metafísicamente

obscenas, mientras pegado al muro se fue apuntando en su libreta aquella bitácora de miembros desgajados y tripas afuera. La Waterman chirriaba contra el papel al tiempo que la metralla atronaba por las barriadas y los tiros de gracia dados con las Bowning a los moribundos iban poniendo, como de costumbre, los puntos y las comas a la cruda y secreta escritura de la Historia de Chile. Esa que quedó manchando el cuaderno de Bravo, la misma que ahora hojeamos a la luz de otro siglo. Aunque resulte extraño, mientras los tiros picaban los muros y desbarataban las mamposterías en torno a él, Bravo recordó paso a paso la receta del charquicán: corte la carne en cubitos pequeños. Recuerde que también puede usar carne molida. Fríala en una cacerola con el aceite caliente por tres minutos. Agregue la cebolla y fría por tres minutos. Añada las papas y zapallo cortado en cubos, el ajo picado y los aliños. Agregue el caldo y hágalo hervir. Luego cocine a fuego moderado hasta que las papas estén casi cocidas. Agregue el choclo y cocine cinco minutos más. Deshaga parcialmente las papas y el zapallo con una cuchara, tratando de dejarlos ni muy enteros ni muy molidos. Sirva caliente con unas cebollitas en escabeche. Eso era precisamente lo que en ese momento guisaba Rosalía, allá en Carrascal abajo, tarareando «La habanera», ajena por completa al desaguisado que Silva Renard preparaba en el centro

de un Santiago donde el calor se ha empozado con sus enjambres de moscas y su hedor a curtiembre. Justo Bravo, a resguardo del temporal de acero, acucillado en la sacristía de la Capilla de la Ánimas, apunta en su libreta: Santiago, 1905. Protesta masiva por la carestía de la vida, desatada por el rechazo de los trabajadores al impuesto sobre importación de ganado argentino. El movimiento denominado «la semana roja» registra enfrentamientos entre policías, bomberos y jóvenes aristocráticos por una parte y trabajadores por la otra. El saldo hasta esta hora es de aproximadamente 70 muertos y 300 heridos. Hace sólo dos años, en Valparaíso, la Huelga de los obreros portuarios exigiendo mejores salarios produce enfrentamientos entre la policía y los trabajadores. Hay en esa oportunidad 50 obreros muertos y 200 heridos. Y comienza luego Bravo a describir, inexplicablemente, las particularidades de la principal herramienta usada en esa vendimia roja. El sistema de extracción del fusil máuser está constituido por una uña extractora de fleje insertada en el lateral anterior del cerrojo; es muy sencillo y eficaz, pero presenta el problema de la doble alimentación. Como la uña no entra en la ranura o canal de la vaina hasta que el cartucho no esté asentado en la recámara cabe la posibilidad, si no se lleva completamente hacia adelante el cerrojo y se baja la palanca de accionamiento, que el cartucho

alimentado quede suelto. Al llevar hacia atrás el cerrojo, no se extrae el cartucho y, al ir nuevamente el cerrojo hacia adelante, éste saca otro cartucho del depósito que no puede entrar en la recámara por estar ocupada por el anterior, con lo que no se puede cerrar el cerrojo ni hacer fuego, quedando el arma momentáneamente inutilizada; además, si el empuje dado por el cerrojo es suficientemente violento y coincide el extremo del proyectil del segundo cartucho con el pistón fulminante del anterior, puede producirse un serio accidente. Nunca supo Bravo con qué propósito anotaba estos tecnicismos, ni qué demonios hacía ahí, bajo esa granizada que caía entre imprecaciones, lamentos y voces de mando. Como reporter de *La Ley* le habían tocado tronadas en el pasado, pero ninguna comparable a ese diluvio que no mató a más santiaguinos simplemente porque el mecanismo se trababa penosamente al tercer o cuarto disparo. La velocidad necesaria para atravesar la piel es de 36 metros por segundo, y se manejan cifras de entre 7 y 10 perforaciones. Para atravesar el hueso se necesitan 61 m/s y entre 20 y 30 perforaciones. Se perforan todos los huesos. La velocidad para que sea mortal un disparo se sitúa en los 122 m/s. A más de 600 m/s se produce un efecto hidrodinámico, y se hace más notable en los órganos llenos de líquidos, en los que aumenta la presión a que son sometidos los líquidos dependiendo

de la velocidad de la bala. A 65 perforaciones o más, según casi todos los expertos y con una velocidad superior a 800 m/s se puede producir la muerte por el efecto de choque, sin que sea necesario que dañe un órgano vital. El tipo de munición influye en los efectos que produce. Las balas cilíndricas y semicilíndricas ocasionan mayores desgarros. Las de cabeza hueca, si se expansionan, producen daños muy importantes. Los impactos sucesivos, si son simultáneos, producen efectos multiplicadores. Dos impactos sucesivos producen los mismos daños que cuatro aislados, tres los mismos que nueve y cuatro los mismos que dieciséis. Los efectos que las balas pueden ocasionar sobre el cuerpo humano son fundamentalmente tres: el efecto hidráulico se basa en el hecho de que todo sólido que penetra bruscamente en un líquido encerrado que llena por completo una vasija ocasiona una sobrepresión dentro de la misma, proporcional al cuadrado de la velocidad incidente del sólido, que es capaz de hacer estallar dicho recipiente. El shock traumático es un hecho real, pero no perfectamente explicado por la medicina, por las grandes dificultades que se presentan cuando se pretende llevarlo al campo experimental. El efecto hidrodinámico es de escasa importancia. Según la bala profundiza en su penetración, se van produciendo cizallamientos y desplazamientos del tejido muscular

que componen el propio mecanismo de la lesión; pero, al mismo tiempo, aparece una onda de choque, breve e intensa, que se desplaza por el tejido biológico a velocidad mayor que el proyectil, aun superior a la del sonido, que va por delante de él. Sin embargo, puesto que esta onda no ocasiona desplazamientos ni tampoco transportes de los tejidos, no son de esperar lesiones de ninguna clase.

Mientras Justo Bravo hacía bailar la pluma sobre el papel amarillo de su libreta Colón, made in Germany, Rosalía ponía a freír seis huevos en el sartén y miraba a hurtadillas hacia la puerta por donde, de un momento a otro, entraría el reporter con su jipijapa y su chaqueta mal cortada. Ese mismo reporter que, sin que ella lo supiera, demoraría ese día en llegar más que otros días. Abdón Madrid, dueño y director de *La Ley* jamás podría imaginar, apoltronado en su oficina, fumando un Romeo y Julieta, y revisando los listados de avisaje, el trance en que Bravo se hallaba en ese instante. Las descargas más cerradas venían de la calle del Peumo y de la calle de la Ceniza. Más lejos, estampidos aislados se oían desde el sector de la calle de los Baratillos. Una brigada de caballería, lanza en ristre, cruzó junto al portal a galope tendido. Un hombre se allegó tambaleante hasta el umbral de la capilla y escupió sangre junto a los zapatos remendados del periodista justo antes de caer

hecho un ovillo invertebrado, un espantajo envuelto en una raída chaqueta de tranviario.

Experiencias realizadas disparando armas cortas de los calibres más usuales sobre bloques de gelatina –los efectos que se ocasionan se consideran comparables a los que se obtendría sobre tejido muscular animal– a distancias a las que habitualmente se efectúan los disparos, entre 3 y 15 metros, han permitido llegar a las siguientes conclusiones: el impacto mortal con un fulminante fuera de combate sólo se consigue sobre órganos vitales como el corazón, el cerebro, la médula, los grandes vasos y el bulbo raquídeo. Solo si el proyectil incide en el organismo con velocidad próxima a los 400 m/s se ocasiona un intenso efecto hidráulico. Por eso, las balas de cartuchería de armas cortas raras veces consiguen el efecto hidráulico pleno; sólo el calibre 9 milímetros se aproxima, a distancias muy cortas. Un impacto a quemarropa en la cabeza, con munición del calibre 9 milímetros, produce estallidos de la bóveda craneal por sus líneas de fractura con salida de la masa encefálica. En impactos sobre partes blandas, las balas semiblindadas consiguen una incapacidad para el combate mayor que las blindadas.